

Arnoldo Martínez Verdugo y el gran viraje

(Primero de dos)
Por Enrique Semo
Junio-2013

En los años que siguieron a la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS (1989-1991), casi todos los partidos comunistas del mundo se disolvieron o quedaron reducidos a la marginalidad. En algunos pequeños países siguieron en el poder y el Partido Comunista Chino sigue gobernando al país más poblado de la tierra, en una fuga meteórica hacia un futuro desconocido.

Pero el Partido Comunista Mexicano fue una excepción, decidió disolverse en el año de 1981, casi una década antes de los sucesos aquí citados, para constituirse en un nuevo partido junto a otros partidos de izquierda radical: PMT, PPM, PSR y PSM, los cuales hicieron públicos los propósitos de unidad orgánica el 15 de agosto. El PCM, único partido que había conseguido ya su registro, lo pone a disposición de los otros y el XX Congreso del PCM, acuerda la fusión en una sesión especial el 5 de noviembre. El 6 de noviembre en la madrugada, Valentín Campa firmaba el acta de desaparición del PCM y la creación del Partido Socialista Unificado de México, en el cual finalmente el PMT no participó y la organización política Movimiento de Acción Popular, se sumó.

La disolución del PCM, no obedeció a las mismas causas que la desaparición de los otros partidos comunistas. Fue fruto fundamentalmente de procesos mexicanos y por eso podemos decir que su ruptura con 69 años de historia de defensa a contracorriente de su existencia, debe ser analizada en

forma diferente a la de otros partidos en el mundo y tuvo consecuencias inesperadas para toda la izquierda mexicana. Ganada la legalidad el PCM comprendió que sólo en la unidad con otras fuerzas podía crear un partido revolucionario de izquierda digno del país.

El viernes 24 de mayo de 2013, murió a los 88 años de edad, Arnoldo Martínez Verdugo, que fue Secretario General del PCM desde 1962 hasta su desaparición, y artífice principal de la unidad con otros partidos de izquierda. En muchos sentidos su figura queda identificada inseparablemente a la izquierda actual, fruto de un gran movimiento unitario, venido a menos, que en la actualidad ha cumplido ya su ciclo histórico.

La decisión de la disolución del PCM en 1981 planteada por Arnoldo Martínez Verdugo fue unánime desde la dirección hasta el último militante, y eso es mucho decir para un partido que en su última etapa estuvo libre de caudillos o caciques. Martínez Verdugo fue primero entre iguales en el presídium y el Comité Central, que después de largas discusiones habían llegado a esa conclusión. El acto unitario fue una decisión de un partido que conocía la democracia interna como nunca antes en su pasado. En el PCM, en 1981, había discusiones sobre muchos problemas, y diría yo, incluso una fuerte lucha interna, pero nunca sobre la necesidad de crear un partido de izquierda con la participación de personas de diferentes ideologías, cultura política y grados de militancia.

¿Pero cómo era Arnoldo? El personaje debe ser objeto de un libro que haga honor a la complejidad de su personalidad intelectual; a la modestia bordando en

la timidez de su carácter (por ejemplo: en el libro de *Historia del Comunismo en México* dirigido por él, es uno de los pocos dirigentes que no aparecen en el índice onomástico); a la honestidad existencial, común a muchos otros comunistas, pero difícil de entender desde el mirador de la clase política de nuestro tiempo en donde la ley que reina es “el que no tranza, no avanza”.

La honestidad política de Arnoldo Martínez Verdugo, daba por entendido, que la causa está por encima del individuo, que las negociaciones con organizaciones de orientación diferente, no podían ser materia de intereses personales, sino pura y exclusivamente, los intereses del Partido. Su honestidad personal y política, hoy, prácticamente ha desaparecido en nuestro país. Yo pondría a los defectos de simulación, codicia material, afán de poder a toda costa y ambición de notoriedad y fama, como ajenos, extraños, opuestos a la personalidad de Arnoldo Martínez Verdugo. No era un serafín, ni estoy dejando correr mi imaginación, y no acostumbro la adulación de los vivos ni de los muertos. Arnoldo era un hombre complejo, modesto y profundamente honesto. También era ligeramente tartamudo, falto de humor, y demasiado sensible a las majaderías.

Lo conocí a principios del año de 1962, en el local del Partido Comunista, en la calle de Tabasco. Yo tenía 31 años y él entre 37 y 38. Andaba yo gestionando mi ingreso al partido, junto con mi amigo Iván García Solís, y estaba muy preocupado porque la respuesta tardaba. Después del encuentro con Arnoldo, se desvanecieron las dudas y reticencias, y entré de lleno a la organización. Muy rápidamente se trabó, a iniciativa suya, una amistad que al principio me honraba pero me costaba entender. Pero al poco tiempo, la razón de su dedicación al trato

conmigo quedó aclarada. En un viaje en mi automóvil a la imprenta de nuestro Partido, a cargo del inefable Prócoro, para revisar pruebas de la revista *Nueva Época*, a cuya redacción fui integrado en 1962, desde su primer número.

-Lo principal en la reconstrucción del Partido –me dijo- es formar un grupo dirigente que sea a la vez fiel (al Partido, no al líder), capaz, experimentado, y sobre todo inteligente, -mientras aspiraba profundamente como lo acostumbraba su cigarrillo- ¡y a veces pienso que sería más fácil comenzar la tarea totalmente de nuevo, desde cero!

Durante dos décadas o más, Arnoldo, se abocó a la construcción del grupo dirigente. Y esto exigía el trato personal con un grupo más o menos selecto, a quienes iba formando en la práctica y en la teoría para las tareas de dirección. Las atenciones, la constante preocupación por el individuo, su situación y la de sus familias, especialmente los que estaban presos, retratan al hombre que nunca esperó, ni quiso, ser un mandarín arbitrario.

El año en que ingresé al Partido fue precedido por una serie de sucesos nacionales e internacionales que permitieron a los comunistas mexicanos dar un fuerte giro en su orientación y actividad política. *Primero* en la esencia del ser comunista, el informe secreto de Nikita Krushev, en la sesión cerrada del XX Congreso del PC de la Unión Soviética en 1956, iniciaba el proceso de *desestalinización* de todos los partidos comunistas, aun cuando cada uno lo fue integrando en forma diferente y a ritmo distinto. Al informe no siguió un debate ni una votación y sólo se difundió lentamente y a través de diferentes canales. Pero

la pretensión de los círculos anticomunistas de que sólo estaba dirigido a una élite, es totalmente falsa y absurda. Encina, el Secretario General del PCM, que asistió a la sesión, informó sobre ella, pero desconozco el contenido de ese informe. Pronto se publicó íntegro en varios periódicos estadounidenses así como, en *Le Monde* y *L'unitá*. Algunos compañeros de la dirección del PCM, conocían extractos del documento que comienza así: “Después de la muerte de Stalin, el Comité Central del Partido (PCUS), comenzó a estudiar la forma de explicar...el hecho de que... es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo, elevar a una persona hasta transformarla en superhombre, dotado de características sobrenaturales... de un conocimiento inagotable... de una visión extraordinaria... y también, de un comportamiento infalible...”

Arnoldo conoció muy pronto el documento y me lo comentó en términos claramente positivos, sobre todo, en lo que significaba para la organización interna del PCM, en el cual había existido el culto a la personalidad (o como decía él, de la persona) del Secretario General anterior Dionisio Encina y en el pasado, el culto a Stalin había causado desastres al Partido.

Segundo, el triunfo de la Revolución cubana en 1958, que entusiasmó a toda América Latina, probando que la revolución socialista era posible a 90 kilómetros de la costa norteamericana y que sus formas de lucha y resultados, no coincidían con los manuales marxistas elaborados en Moscú y planteaban en forma totalmente nueva, los problemas de la revolución en América Latina.

Tercero, las grandes luchas sindicales de maestros, ferrocarrileros, minero-metalúrgicos, petroleros, telegrafistas y otros sindicatos menores que entre 1956 y 1959 sacudieron a todo México, por su carácter simultáneo de demandas económicas y sobre todo políticas. La estructura corporativa del PRI, se cimbró en sus profundidades. Sobre todo porque además, rápidamente siguieron indicios de movimientos de los campesinos sin tierra, estudiantes y después de profesionistas e intelectuales.

Arnoldo era un hombre sorprendentemente abierto a los cambios, a las nuevas situaciones, sobre todo para el medio dogmático del comunismo latinoamericano. Captó rápidamente el enorme sentido innovador de esos sucesos y la necesidad de reformar el PCM. En las largas pláticas en su casa y los cafés en donde acostumbra reunirse conmigo, por lo menos una vez a la semana, comentaba creativamente los nuevos problemas y la relación que debían tener en la teoría marxista, en el programa y la práctica del PCM. -No podemos quedarnos al margen de los cambios monumentales que se están produciendo- decía. -Se está dando un viraje a nivel continental y nacional y hay que aprovecharlo-.

En los años de 1940 a 1956 el partido pasó por una época desastrosa. Se perdió la brújula. Aun cuando sus miembros seguían activos en sindicatos, organizaciones campesinas e instituciones culturales, su orientación política fue incongruente. Las expulsiones se multiplicaron y el nivel ideológico se desplomó.

Dionisio Encina, su secretario general mantuvo una política muy oportunista hacia los gobiernos del PRI que estaban en lo que Lázaro Cárdenas llamó "la

contrarrevolución pacífica". En 1956 buscó que los nuevos dirigentes de los movimientos sindicales mantuvieran una política conciliadora hacia los líderes charros y el gobierno, frenando así a las bases. A eso se opuso el Comité del DF y muchos otros compañeros. Defendieron la tesis de que para luchar por sus reivindicaciones en las condiciones de México, los trabajadores tenían que pasar por encima de los líderes charros y llamaron a todos los miembros del Partido a sumarse activamente a esos movimientos.

Así comenzó una lucha interna que duró tres años y que acabó por corregir drásticamente la orientación y la práctica del Partido y llevar a su cabeza una nueva dirección. Se decidió eliminar el puesto de Secretario General, para fortalecer el principio de la dirección colectiva. Pese a que el Partido, por tomar parte en los movimientos sindicales insurgentes, tenía a muchos de sus dirigentes en la cárcel, se inició un viraje en toda la concepción de la relación con los gobiernos del PRI, el movimiento sindical y la democracia interna. Se logró el regreso al partido de miembros expulsados como Valentín Campa y Miguel Ángel Velazco y se avanzó en la formación política de los cuadros. En ese proceso Arnoldo Martínez Verdugo se definió como principal inspirador y dirigente de la renovación del partido.

Yo había recibido una formación marxista más amplia desde muy temprano y comenzado a militar activamente en la izquierda, a través del MRM, junto a Othón Salazar, desde 1956. Al mismo tiempo formé el Círculo de Estudios Ricardo Flores Magón, en donde convergieron por un lado, varios intelectuales marxistas como José Revueltas, Eli de Gortari, Enrique González Rojo, y por el otro, militantes

destacados del MRM. El encuentro resulto explosivo. Mientras los intelectuales enseñaban haciendo proselitismo, los maestros jóvenes del MRM, leían marxismo y se acercaban al movimiento comunista del cual sus padres se habían alejado debido a las posiciones oportunistas, subordinadas al nacionalismo revolucionario de la dirección del PCM hacia el movimiento sindical.

El PCM, a principios de los 60's, vivía en un ambiente de represión aguda y constante. Aparte de las tareas políticas en el movimiento y la elaboración de los principios de una nueva orientación, debía tomar medidas constantes de seguridad. Arnoldo era vigilado y hostigado asiduamente. Y aquí podemos hablar de otra de sus cualidades: una valentía firme, tranquila, casi fría, ajena a toda paranoia o histeria. Más tarde me contó que durante largos periodos se veía obligado a dormir fuera de su casa en diversos hoteles, cambiando de lugar cada noche. Quizá su condición de dirigente principal lo salvó de largas prisiones. El costo internacional de tener a la figura principal de un partido comunista en la cárcel, frenó los excesos del gobierno mexicano.

Mi primer encuentro con las medidas de seguridad en un periodo de represión directa, fue la asistencia al XIV Congreso al que fui invitado. Esta reunión se realizó a fines de 1963, en una casa especialmente alquilada. Los participantes fueron entrando en un coche privado, uno por uno para no alertar a la policía con una agitación excesiva. A mí me tocó entrar un día antes del comienzo del Congreso. Todas las comidas se realizaban en la casa y estaban a cargo de las hermanas Borquez. En la noche no se permitía prender luces, y dormíamos todos en el piso en silencio. Las actividades se realizaban cuidando de

no alzar la voz. Fue en ese Congreso donde se eligió el nuevo Presídium integrado por Arnoldo Martínez Verdugo, J. Encarnación Pérez, Manuel Terrazas, Gerardo Unzueta, Alejo Méndez, J. Encarnación Castro, Fernando C. G. Cortés, Lino Medina, Antonio Morín y Juan de los Reyes. Cuando salió de la cárcel se agregó Valentín Campa.

Durante sus largos años de ilegalidad o semilegalidad, el Partido Comunista Mexicano, era una organización muy pequeña. Su militancia oscilaba entre mil y dos mil miembros. Lo que nunca lograron los gobiernos del PRI fue dispersarlo. Quizá no lo quisieron, pero aun si lo hubieran querido, no hubiera sido fácil. Su organización celular y su vinculación ideológica, más que personal, lo impedía.

Barry Carr reporta que al final del cardenismo, había unos 36 000 comunistas, para el año de 1945, sólo quedaban 3 775. A principios de los años 70's, después de la represión de 1968, se informa de 900 a 1 200 miembros. Pero incluso en momentos de represión, después de grandes luchas populares, la membresía a veces aumentaba. Así el XVII Congreso, en 1976, registra 4 500 miembros, 50% más que dos años antes.

¿Cuál es la causa de la pequeñez del PCM? En primer lugar la línea, el comportamiento del partido durante los años de la "contrarrevolución pacífica". En segundo lugar, la constante represión, que aumentaba considerablemente en los periodos de ascenso de los movimientos populares. El PCM tenía muchas simpatías, pero sólo un grupo selecto se atrevía a militar en una organización permanentemente perseguida por un Estado que no retrocedía incluso ante el

asesinato. Los gobiernos del PRI podaron periódicamente el PCM, sembrando el miedo y cooptando a cuadros distinguidos.

Después de la legalización definitiva, el 7 agosto de 1979, las solicitudes de ingreso se multiplicaron. En el Distrito Federal, después de la legalización, la membresía se duplicó en un año, llegando a contar con 4 000 mil miembros. Y en el XIX Congreso Nacional, se reportó que en cuatro meses de campaña de afiliación se habían logrado 100 000 solicitudes nuevas.

Con el registro definitivo, una nueva época comenzaba para el PCM, en que los objetivos electorales, la existencia de una representación legislativa, cambiaba toda la forma de hacer política. Antes el único terreno disponible a la acción de los comunistas era el trabajo entre la base ciudadana; ahora había las elecciones; antes sólo podía aspirarse a un partido de cuadros; ahora al partido de masas podía ser una realidad; en la década de 1956-1969, la violencia desatada por los gobiernos del PRI, inspiraba las ideas de que sólo existían dos opciones, la victoria de una oligarquía represiva o una revolución democrática y socialista, violenta o no. Con la legalización, primero del PCM, y luego de otras organizaciones de izquierda, se abría una tercera opción: la persistencia de la oligarquía, pero acompañada de una democracia electoral. La alegría en el campo de la izquierda y de los comunistas, no puede ser hoy imaginada. ¿Qué papel jugó Arnoldo Martínez Verdugo en ese proceso? Yo digo que Martínez Verdugo es la recuperación de la brújula del comunismo mexicano. Si José Revueltas tenía razón cuando hablaba de un proletariado sin cabeza en 1962, acertaba para el

periodo 1940-1960. Pero desde el XIII congreso y el ascenso de Martínez Verdugo y la nueva dirección su libro es obsoleto.

La mayoría de las otras organizaciones de izquierda, tuvieron al principio mucho recelo hacia la “apertura democrática” del PRI. También, en las filas comunistas, muchos temían una trampa. Fue Arnoldo Martínez Verdugo quien emprendió una campaña de convencimiento en favor de la reforma electoral. Polemizó dentro y fuera del Partido a su favor.

“Hay que tomar en cuenta –decía- que las últimas dos elecciones, la de 1970, en que nosotros no participamos y hubo una gran abstención, y la de 1976, en que no hubo candidato legal frente a López Portillo, fueron desastrosos para el PRI pese a sus victorias”. Arnoldo se mostró dispuesto a negociar con Reyes Heróles, actor principal por parte del gobierno en la reforma electoral que se iniciaba y pronto se estableció un diálogo fructífero, decía en uno de sus escritos:

“Ninguna consigna corresponde de la manera más exacta a los intereses de la clase obrera -escribía Arnoldo- en la actual situación del país que la de la reforma política democrática... Pero esta consigna no convence aun a los distintos sectores que integran...la izquierda. La propone con insistencia el Partido Comunista Mexicano en sus documentos fundamentales de los últimos dos años bajo el título de *La lucha por la libertad política*...

“Este documento y otros que el PCM ha dedicado al tema en discusión, persigue claramente el objetivo de probar la necesidad y la posibilidad de una reforma política... La lucha por conquistar los derechos políticos plenos –seguía Arnoldo–, fue parte esencial de los movimientos...de 1958-59 y de 1968...” (El Partido Comunista Mexicano y la Reforma Política, Arnoldo Martínez Verdugo, México, 1977).

Han pasado más de 30 años de la desaparición del PCM. El comunismo que llevó a millones de hombres y mujeres a comprometerse activamente con la política y la lucha contra el capitalismo y el fascismo, durante más de 80 años en todo el mundo, ha dejado de existir para siempre. Pero la cuestión comunista, la utopía de un mundo socialista no ha muerto y sigue siendo tan actual como antes, porque el capitalismo de hoy no ha resuelto nada y propone un mundo peor que el que existía en nuestro tiempo. Entonces, pregunto en una conversación imaginaria con Arnoldo ¿qué es una derrota en la historia de los pueblos y qué tan definitiva es la que sufrimos? Estoy seguro que me contestaría: “Para los comunistas que saben que su camino es largo y azaroso y que de derrota en derrota, sembramos un futuro mejor, nunca hay una derrota definitiva”.